

LA VID- álbum siete especies

Padre Pedro José Ynaraja

Para quien no habita en la cuenca mediterránea, le puede extrañar que Dios prometa a Israel una tierra donde haya vino. Los que vivimos en ella, lo entendemos muy bien. Beber vino es tan habitual como comer pan. Personalmente, descendiendo por parte de madre de tierras riojanas, de afamados tintos y yo mismo nací y vengo de los ásperos terrenos de la denominación de Rueda, donde se elaboran los mejores blancos. Y a nadie de mi familia vi borracho y nunca a mí el vino se me subió a la cabeza. Un médico de salud pública me dijo los centílitros que de esta bebida son buenos para la salud. Soy fiel a lo señalado y fiel a costumbres de esta tierra. Como otros pueden beber moderadamente cerveza o sake.

En el lenguaje bíblico, una señal de prosperidad que le ofrece el Señor a su pueblo, es poseer casa con su parra y su higuera. Me sentí muy satisfecho cuando al llegar a lo que supongo es mi último destino ministerial, comprobé que en la fachada, al lado de la puerta, había una parra. Ancla sus raíces al lado del sótano y eleva sus nudosos troncos más de 5 metros, para llegar al nivel de la entrada. Me da sombra en verano y racimos de uva en otoño. Es muy vieja, probablemente centenaria. Hace unos días recogimos unos cuantos kilos de uva que he comido, repartido y compartido. Como haría la Sagrada Familia en Nazaret. Fue una operación rápida, temía que, como en años anteriores, los mirlos se las comieran en pocas horas. Hoy he hecho el rebusco y he comprobado que la uva era más dulce. He decidido elaborar artesanalmente un poco de vino: no más de 4 litros. Mientras lo hacía, repetía para mis adentros, parodiando el salmo: racimos y uvas, bendecid al Señor. Me corregía de inmediato: por estos racimos, te bendigo Señor, e imaginaba el gozo de levantar en la misa el caliz y decir: "bendito seas Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la tierra y de mi trabajo..."

Añado, para que el lector no avezado comprenda lo empapada que está nuestra cultura de esta bebida, que el mismo San Benito, Padre de Europa, mediterráneo él y que con su regla inspiró a casi todo el monacato occidental, dice: "Teniendo, pues, en cuenta la flaqueza de los débiles, creemos que es suficiente para cada uno una hémina de vino al día. Pero aquellos a quienes Dios les da la virtud de abstenerse, sepan que han de tener un premio particular". En un monasterio se bebe un vaso de vino en cada comida, tomar café, en cambio, es propio de los festivos (esto último, en la práctica, no es del todo exacto)